

nia cumplió también la suya, que se extendió por toda la Románia, pero sin derramamiento de sangre, como todas las demás. El legado cardenal Benvenuti cayó en manos de los insurreccionados; Ancona se entregó á los coroneles Sercognani y Armandil, la ban-

nes correspondían muchos conjurados italianos, no ignoraban todo esto, y sabían asimismo que el duque no estaba dotado de talentos elevados y de mente robusta; pero creían que halagando su ambición les serviría de instrumento para lograr el grande objeto que se habían propuesto de la independencia italiana. Ciro Menotti, joven que descollaba por sus talentos, que tenía aquel arrojo tan necesario para llevar á cabo los grandes proyectos, y que disfrutaba la plena confianza del duque, á pesar de que dudaba de su lealtad, cerrando los oídos á las insinuaciones de otros conjurados, que lo advertían á no confiar sus secretos á Francisco IV, le abrió con ingenuidad fraternal su corazón. Es cierto, como lo publicaron entonces algunos de sus compatriotas, que Menotti y el duque en su última entrevista, que se verificó en la biblioteca particular de éste, juraron mutuamente salvarse la vida, cualquiera que fuese el resultado de la gran revolución ya preparada. Pero Francisco IV supo poco después, que Francia había asegurado á Metternich que permitiría la intervención del Austria en Italia; por lo que, habiendo perdido toda esperanza de ser proclamado rey de este país, arrojó la máscara de liberal, y se declaró abiertamente enemigo de aquellos mismos que se habían fiado en su firmeza y lealtad; los cuales, viéndose ya comprometidos, apresuraron el golpe y se insurreccionaron. Estalló entre tanto la revolución de Bolonia, y entonces Francisco, como dice César Cantú, abandonando su ducado, se refugió en el territorio de Mantua. No pudiendo llevar consigo en esta circunstancia á todos los conjurados que estaban presos, no quiso dejar á Ciro Menotti, tanto porque temía que sus revelaciones pudiesen perjudicarle sobremanera, como porque conocía que era un medio muy eficaz el sacrificio de Menotti para granjearse las simpatías del Austria. En efecto, aquel desventurado perdió la vida en el patíbulo. Desde entonces el duque de Módena se convirtió en director de policía de toda Italia, y regresando á sus estados, el Austria le confió sus altos designios. Francisco IV en esta ocasión se manifestó cada vez más adicto al emperador, y celoso en ejecutar sus encargos hasta el punto de que en el lecho de muerte dijo á su hijo las palabras siguientes, que transcribieron los periódicos franceses: "No des nunca tregua á los liberales; persíguelos á todo trance, no te apartes del Austria; sé su más fiel vasallo.... y con esto pasó á mejor vida."

Los pormenores de la revolución de Módena y de la funesta suerte de Ciro Menotti, se encuentran en un pequeño opúsculo publicado en París, hace algunos años, por el señor don José Ricciardi, titulado: *Glorie é sventurare* [Glorias y desventuras], y con más extensión en un libro anónimo dado á luz en Italia "sobre la vida y la conjuración de Ciro Menotti."

[Nota del traductor].

dera itálica ondeó en Olricoli, á 15 leguas de Roma, y la ex-emperatriz María Luisa abandonó á Parma y Plasencia insurreccionadas.

Tomando incremento de esta manera una conflagración general, la Grecia cobraba valor; España y Portugal volvían á levantar sus pendones abatidos; la Alemania creía llegado el tiempo á propósito para obtener lo que le había sido prometido y no cumplido; la Suiza había empezado ya anteriormente á reformar sus estatutos en sentido popular, y en Inglaterra el grito de los radicales que exigían libertad, se mezclaba con la voz terrible de la plebe que pedía pan.

#### CONGRESO DE LONDRES.—REACCION.

Todos estos pueblos sublevados dirigían sus miradas á Francia, como salvadora prometida. Desde aquel país había venido medio siglo antes un gran sacudimiento, mediante el cual aquellos mismos, que no habían adquirido la libertad, habían quebrantado las cadenas de la servidumbre. ¡Quién no recordaba aún las victorias irresistibles de Bonaparte! ¡El pendon tricolor tendría un éxito menos glorioso porque no se enarbolaba ya por la mano de un conquistador, sino por los esfuerzos de la libertad, no para amenazar la independencia de los pueblos sino para restituírsela!

Todos se alimentaban con tan bellas y halagüeñas esperanzas; pero Francia no tenía á la cabeza la antigua Convención, sino á un rey que pertenecía á una monarquía nueva, que había encontrado más bien que buscado, aceptado más bien que pretendido; y con la cual se le había brindado, porque se había creído que esta era una necesidad y un refugio. La nación, pobre en recursos políticos consuetudinarios, desprovista de instituciones independientes, duraderas y consagradas por la opinión y los hábitos nacionales, se veía aislada en medio de émulos que espían todas sus faltas para sacar partido de ellas; desguarnecida de armas, mientras que sus enemigos tenían una provision formidable de ellas, y debilitada interiormente por haberse visto precisada á poner en los empleos á amigos suyos en reemplazo de los adictos á la dinastía caída: lo que producía una interrupción en la marcha gubernativa, cuando necesitaba cabalmente más prontitud y fuerza. En el primer sacudimiento era muy natural, que prevaleciera el partido de la agitación, y se manifestaran simpatías para con todos los oprimidos, bien fuesen los condenados en Espielberg ó en Siberia, bien fuesen los pueblos privados de su nacionalidad ó engañados en sus esperanzas. Pensábase á la sazón en estender las fronteras de Francia hasta los Alpes y el Rhin; lo que no podía menos de producir una guerra, que daba á conocer la necesidad de apoyarse en el afecto de los pueblos. Los clubs ruidosos y arriesgados, como sucede siempre con respecto á los que no tienen nada que perder, y ambiciosos de

una popularidad que se adquiere con las exageraciones, escitaban á prodigar promesas de auxilios á cualquiera que intentara sublevarse; á rasgar los vergonzosos tratados de 1815, y á proclamar una santa alianza de los pueblos contra la de los reyes. Pero si algunos consideraban la revolución como un restablecimiento de los principios proclamados en el año de 1789, otros no advertían en ella más que una fuerza modificativa de la restauración, y creían que convenía conservar las cosas y las personas.

A Luis Felipe interesaba sobremanera ser reconocido por los otros monarcas, y consolidar su propia dinastía respetando las demás; por lo cual en vez de reunir aquellas resistencias esparcidas para alcanzar un grande objeto europeo, calculó que le convenía mejor sosegar á las potencias, aventajando á Francia y á su propia familia. Nadie negará que salió airoso en su intento. Casimiro Perrier, creado ministro, apostrofó á la cámara turbulenta; declaró ser su intención abatir las facciones y no alargar la mano á los sublevados, porque la sangre francesa, decía, no pertenece sino á Francia; haber sido fundamento de los hechos de Julio la resistencia á la agresión respecto de la fe jurada y del derecho, y no el espíritu revolucionario; por lo que toda apelación á la fuerza en el interior, y el fomentar de cualquiera manera la insurrección popular en el exterior, debía reputarse como una violación del derecho; y últimamente sostenía, que la política exterior se enlaza con la interior, siendo pues, único el mal para entrambas, á saber, la desconfianza, único debía ser el remedio.

La Santa Alianza, á pesar de su heterogénea composición, pudo subsistir por largo tiempo aún, porque la Europa estaba cansada de guerras (1); y esta especie de congreso

(1) Las victorias de Napoleon, que deslumbraron á toda Europa acarrearón en pos de sí inconvenientes muy graves para la humanidad. Establecieron un despotismo cual nunca se había visto; destruyeron los residuos de la confianza que existía entre las naciones; alteraron el equilibrio europeo, y debilitaron aquel entusiasmo tan necesario al espíritu patriótico. Dice, pues, muy bien César Cantú, que la Santa Alianza pudo subsistir largo tiempo aún, porque la Europa estaba cansada de guerras." Sin embargo, es de notar, que disipado el prestigio de tantos triunfos, los pueblos anhelosos de libertad dieron á conocer á sus gobernantes, que cualquiera guerra entre una potencia y otra, podía convertirse instantáneamente en una cruzada popular; por lo cual los monarcas, queriendo precaverse de antemano, abandonaron las ideas de conquista, y respetaron el derecho internacional, aun cuando tuvieron motivos muy poderosos para romper las hostilidades. En efecto, desde entonces la diplomacia, á no ser por motivos muy extraordinarios, no ha acudido á las armas. Esto produce bienes incalculables á la humanidad, y á la madurez de las ideas, porque un pueblo victorioso y deslumbrado con sus

permanente, que contenía los gérmenes de un nuevo derecho público [1], sea cual fuere

triunfos, no reflexiona mucho en los asuntos que le tocan más de cerca. Es cierto, que nosotros hemos presenciado en nuestra época guerras civiles y peleas parciales; pero éstas son consecuencias de causas particulares, y se pueden definir más bien como motines ó asonadas, que como guerras formales. Los franceses, después de haber cambiado de dinastía, llegaron á comprender las verdades que acabamos de enunciar, y con este motivo, como ha indicado César Cantú en el texto, querían establecer una santa alianza entre todos los pueblos. La idea era colosal, pero inefectable en nuestra época, porque se necesitan para realizarla las convicciones que todavía faltan. Sin embargo, es de notar en esta circunstancia, como hemos indicado en otra nota, que hoy los individuos de las naciones más rivales no se odian, por lo que la Sexta Alianza, que pretendían entonces establecer los franceses, será la obra del progreso de la humanidad que lo absorberá todo.

Mirando las cosas bajo este punto de vista, creemos que cualquier hombre de orden, debe testar la guerra y abogar en favor de la paz. Por lo demás, la historia y la experiencia nos enseñan que los abusos, lejos de minar la opinión se minan á sí mismos; así que intentar contrarrestarlos intempestivamente con la fuerza, es un paso desafortunado, y con especialidad en nuestra época en que la política en toda Europa no es un misterio sino un objeto de discusión pública entre gobiernos y gobernados.

Sin embargo, se nos puede oponer como grave dificultad que las masas, bien por espíritu de rapina ó instigadas por personas que quieren pescar en río revuelto, estallan muchas veces en revoluciones. Este raciocinio no tiene base y es contrario á la experiencia, la cual nos da á conocer que cualesquiera que sean las circunstancias políticas de un pueblo y el número de las personas mal intencionadas, cuando un gobierno es justamente vigilante, se evitan los inconvenientes de toda clase; y nosotros, que detestamos la guerra, y nos horrorizamos á la sola idea de revolución, queremos llamar la atención de nuestros lectores sobre un hecho de mucha trascendencia y que hace al caso. Mientras que en los últimos acontecimientos políticos la Europa entera se encontraba en un completo trastorno, se disfrutó en Bélgica de la más envidiable tranquilidad: el rey, las cámaras y el pueblo fraternizaban con una sinceridad sin ejemplo. En aquel país debían existir por cierto mal intencionados, porque en donde hay hombres hay vicios; pero estos últimos solo triunfan cuando la virtud sucumbe.

(Nota del traductor).

[1] César Cantú, que no se da á conocer tan solo como historiador en sus narraciones, sino también como filósofo y publicista, al hablar del congreso de Viena debía haber profundizado algo más la materia. Dice, que aquel congreso contenía los gérmenes de un nuevo derecho público. Estas pocas palabras nos llevan á reflexiones muy serias, que no queremos pasar en silencio, porque pueden tener varias aplicaciones. La palabra de-

el modo de juzgarlo, despues de haberse ocupado en el facil oficio de conservar los tronos armados, comprendió, pasado el año de 1830, que tenia á su cargo otra mision mas difícil todavía, esto es, la de conciliar intereses opuestos y principios hostiles. Fué entonces cuando se reunió en Lóndres un congreso de hombres, que no representaban á las naciones sino á los monarcas, y que se imponian á sí mismos la tarea de renovar lo pasado por odio á los dogmas que proclamaba Francia, con ánimo de iniciar en ellos al mundo entero. La diplomacia, pues, habia ganado nuevamente terreno, y el congreso de Viena se continuaba en Lóndres, donde Bulow representaba á Prusia; Aberdeen á la Gran Bretaña; Matuszewic á Rusia; Esterhazy á Austria, y Talleyrand á Francia. La eleccion de este último, amigo de todos los afortunados nuevos, y fiel servidor contra la libertad, como sucede siempre con respecto á los fementidos, manifestaba su firme intencion de perpetuar las estipulaciones de 1815 [1].

Habíase fallado ya sobre la suerte de los pueblos desde que Francia, despues de haber secundado las revoluciones hasta que convinieron á sus particulares intereses, con objeto de dar una diversion á sus enemigos que le

recho supone la de *deber*. En el congreso de Viena se establecieron cánones; se trazó el camino diplomático que debian seguir las potencias en su marcha, y despues se llevó á cabo lo que el congreso habia establecido. Los monarcas se han mostrado muy escrupulosos en la ejecucion de los actos convenidos, y han sometido á los pueblos á sus decisiones; de suerte que el congreso de Viena impuso un nuevo derecho público, ó si se quiere, sus gérmenes. Pero nosotros creemos, que en buena logica las palabras *imponer, mandar, contener y establecer* son muy distintas, ó á lo menos, si las dos primeras pueden usarse como sinónimos, las dos últimas no tienen punto ninguno de relacion directa con aquellas, porque suponen un pacto preventivamente establecido entre dos partes contratantes, que se obligan mutuamente con igual ejercicio de derechos y deberes á conservar lo establecido. Estos mismos principios pueden aplicarse á las conferencias de Lóndres.

(Nota del traductor.)

[1] Esta obra de Mr. Luis Carné titulada *Des intérés nouveaux en Europe depuis la révolution de 1830, Paris 1833*, encontramos las palabras siguientes: "Por lo tanto esta diplomacia tan llena de dudas proclamaba el derecho de no intervencion, que debia abandonar al dia siguiente." Y en otro lugar dice: "De las complicaciones de nuestra época ha resultado un hecho cada vez mas evidente y menos disputado," el cual consiste en que hoy se ha elevado sobre las teorías inflexibles de los partidos y de los intereses necesariamente egoistas de los gabinetes, un derecho eminentemente social, que puede imponer tambien, mediante la fuerza, transacciones y sacrificios á todos. Semajante hecho pertenece á la civilizacion del mundo, y es una prenda de su porvenir.

[Nota del traductor].

amenazaban, se esforzaba en reprimirlas. Un crecido número de españoles refugiados en Paris, para evitar la tiranía de Fernando VII, habiendo cobrado valor á la sazón, se preparaba á verificar una invasion en aquella península, capitaneados por el general Mina; pero habiendo reconocido Fernando de España á Luis Felipe, la empresa de los liberales no hizo mas que aumentar el número de los mártires, que fueron pasados por las armas en medio de gritos descompasados, que hacian resonar los aires con los gritos de *viva el rey absoluto*. Algunos italianos que habian dispuesto con el general Pepé un desembarco en el reino de Nápoles, fueron dispersados por aquellas mismas autoridades, que hasta entonces les habian favorecido.

El Austria, cada vez mas firme en sus proceder, habia declarado formalmente "considerar como causa propia la de los italianos," y cuando quiso oponérsele la no intervencion proclamada, le motivó risa, no titubeando un solo instante en marchar sobre los países ajenos sublevados; mientras que por otra parte apretaba el freno á los suyos propios, y se manifestaba tambien pronta á acometer el Piemonte, si los revolucionarios triunfaban; ya que es para ella una cuestion de existencia la de conservar la Italia en aquel estado, que cohonesta con el nombre de tranquilidad [1]. Las Legaciones y toda la Umbría,

[1] Estas palabras de nuestro autor tienen un sentido profundo, y esplican en parte por que los italianos antes de estallar las últimas revoluciones en aquella península, no quisieron dar crédito á las amplias promesas prodigadas por Metternich en favor de su nacionalidad. Entonces todos los periódicos adictos al gabinete de Viena, publicaron con gran boato un crecido número de artículos sobre Italia, asegurando que Metternich y el Austria alimentaban sentimientos muy favorables hácia la nacionalidad Italiana; y se esplicaban poco mas ó menos en los términos siguientes. "El principe de Metternich, dice, que el Austria está muy pronta á condescender con los justos deseos de los patriotas italianos, y hacer largas concesiones á todos los habitantes de la península, para darles las ventajas de la nacionalidad que reclaman con justicia, y que el Austria ha reconocido siempre y quiere conocer."

Dejando aparte, que estas palabras evidenciaban que el principe de Meternich tenia demasiada confianza en sí mismo para suponer que los italianos dieran crédito á sus promesas, despues de tantos precedentes, no muy favorables á su reputacion y buena fé política, es de notar, que sus palabras eran una contradiccion en los términos, la cual manifestaba un insulso tácito al buen sentido de los italianos y una prueba mas de sus artificiosos manejos. La idea de nacionalidad escuete necesariamente la de toda especie de dependencia extranjera; así cuando Metternich aseguraba á los italianos, que el gabinete austriaco habia reconocido siempre y quiere reconocer á la nacionalidad italiana, sostenia lo imposible. En cuanto á las concesiones prometidas, la respuesta

habian secundado el movimiento revolucionario; y los diputados de las diversas ciudades, habiéndose reunido declararon al papa decaído del dominio temporal [26 de Febrero de 1831], formando un Estado solo con un presidente, un consejo de ministros y una consulta legislativa. Es cierto que tambien la desventura tiene sus aduladores; pero nosotros que no queremos justificar todos los actos de aquellos nuevos gobiernos italianos, nos contentaremos con decir, que no se hizo comprender lo bastante al pueblo, cuál era el objeto de la insurreccion, porque sus males no habian llegado hasta el punto que se considera desahuciado; y por lo demas no tuvo gefes que con firme resolucion y con el prestigio de un gran nombre, deslumbrasen y arastrasen á patrocinar la buena causa á los indiferentes que forman siempre el mayor número. Inespertos en los asuntos políticos como personas educadas en un sentido muy diverso, se acobardaban á las menores dificultades, y en su honradez y lealtad, se mostraban dominados de aquella moderacion que, aun cuando admira, no salva, titubeando por miedo de comprometer á una patria que querian y á una paz cuya necesidad sentian. Fiados en la no intervencion prometida por los extranjeros, no tan solo se retraian de auxiliarse unos á otros, sino que miraban á sus hermanos como personas estrañas; y en vez de adelantar ó secundar el ardor popular, acometiendo á Roma, é invitando á piemonteses, lombardos y toscanos, recomendaban la quietud como garantía de la inviolabilidad; man-

es muy sencilla: "todo acto de beneficencia, incluso la limosna, es gratuito y voluntario; así que puede hacerse hoy y retirarse mañana. Sin embargo, es de suponer, que Meternich creia que los italianos no tenian bastantes alcances para comprender lo que va referido. Los que blasonan de políticos sutiles, podrán decirnos todo esto es cierto; pero si los italianos hubiesen atendido á lo que les proponia aquel ministro, habrian siempre ganado algo; al paso que hoy se han visto obligados á permanecer en el estado antiguo. Nosotros en esta circunstancia no titubeamos ni un solo instante en sostener, sin apelar al porvenir, que es patrimonio esclusivo del Ser Supremo, que los italianos tienen sobrado motivo para preferir su situacion actual á las concesiones y á la nacionalidad con que Metternich les brindaba: por la sencilla razon de que, el hombre á quien se le dice: "he aquí tu amo á quien debes servir," sabe á qué atenerse, mientras que no tiene norte el que se cree libre en sus operaciones bajo la vigilancia de un dueño poderoso, que puede mandarle y castigarle siempre que su conducta no le satisfaga. Por lo demas, nadie ignora hoy que en la alta política, como en todas las cosas, los términos medios no conducen á nada, y que, como dijo con mucho chiste un antiguo novelista italiano, *le juste milieu* es perjudicial hasta á las coquetas de profesion, que no pasan mas allá, porque pierden el crédito y se quedan en blanco.

[Nota del traductor].

daban volver al seno de sus familias á los campesinos que pedian armas, y no trataban de ponerse en comunicacion con los vecinos; echando en olvido que conviene ser compasivo con los débiles y contraer alianza únicamente con los fuertes. Pasaré por alto en esta ocasion los celos renacientes entre una y otra ciudad, y los desórdenes inseparables de aquellos gobiernos, que originados de una victoria popular, quedan esclavos de la multitud, guiada siempre por los que vocean, exageran y prometen mas. Luis y Napoleon, hijos de la reina Hortensia Bonaparte, se lanzaron á los peligros de la revolucion de Romanía; pero esto suministró un nuevo pretexto á los enemigos para clamar en alta voz, que la independendencia itálica estaba amenazada, porque suponian que se proyectaba volver á levantar el pendon napoleónico.

Mas los pretestos eran inútiles en un país contra el cual afilaban abiertamente sus armas enemigos poderosos. El Austria avanzó por el territorio de Ferrara [Marzo de 1831], estableció en sus dominios al duque de Módena [9 de Marzo] y luego á María Luisa (13 de Marzo). Entonces el general Zucchi, natural de Módena, que despues de haber abandonado el servicio de Austria, habia pasado á ser gefe de la revolucion de su país, se retiró con sus tropas al territorio de Bolonia; pero aquel gobierno, mostrándose cada vez mas escrupuloso en la observancia del principio de no intervencion, aunque se habia convertido ya en objeto de mofa, se negó á recibir á sus hermanos hasta no verlos desarmados!

Entretanto la corte de Roma habia recibido no solo de Austria sino tambien de Francia, promesas que soscagaban sus temores; y el ministro Sebastiani impedia que partiesen para Italia municiones é individuos refugiados en el territorio francés. Es cierto, que el gobierno de Luis Felipe hizo protestas severas á Viena, diciendo, que si los vínculos de parentesco dejaban al Austria la libertad de intervenir en los asuntos de Módena y Parma, Francia no habria tolerado de ninguna manera, que las tropas imperiales penetrasen en la Romanía. Pero Metternich, que llegó á comprender que se trataba en aquella circunstancia de una causa suprema, y de la conservacion de las provincias austriacas en la hermosa Italia, sostuvo que el gabinete francés no tenia derecho para impedir al Austria restaurar el dominio papal, y dijo estas palabras: "si se ha de morir, tanto vale una apoplejía como ser asados á fuego lento. Haremos la guerra (1)." En efecto, el Austria entró en el territorio pontificio, y los franceses encendidos en ira y llenos de desden, levantaron un clamoreo propalando, que se hollaba la dignidad nacional, que se habia engañado á los patriotas, y que era menester vengarlos. Maison, embajador de Francia, instigaba á la guerra, y aconsejaba enviar un

(1) Copefigue, *Les diplomates modernes*.

ejército al Piamonte; pero en aquel país de Francia es la costumbre desahogarse en magnánimas habladurías; y por lo demás Luis Felipe (1) alimentaba proyectos muy distintos de los de sus súbditos.

Los habitantes de Romanía, viéndose desamparados, se retiraron paso á paso de Bolonia, que estaba ya tomada por el enemigo, adelantándose al ejército austriaco que venía; y después de haberse defendido en Rimini con bastante valor para no deslucir el pendon vencido, pero immaculado, se resignaron á evitar una resistencia tan desastrosa cuanto inútil. El gobierno de los patriotas, habiéndose retirado á Ancona, puso en libertad á Benvenuti, antiguo legado pontificio, y estableció tratados con el mismo, el cual prometió un completo olvido, y firmó los pasaportes á los gefes de la revolución, que se embarcaron (2). Fué entonces An-

(1) El Monitor de Agosto de 1834, y con especialidad discurso de Mr. Cabet.

[2] Considerando que los hechos relativos á Italia en los años de 1830 y siguientes, llamaron sobremanera la atención de la diplomacia europea, y que aquel periodo de historia revela las necesidades sociales de un gran pueblo, que después de haber representado un papel muy airoso en la historia antigua y de la edad media, parece destinado por la Providencia á cambiar la faz de la sociedad moderna; considerando todo esto, no será inoportuno dar un cuadro en la presente nota de algunos pormenores acerca de las revoluciones acaecidas en Italia en la época que vamos recorriendo, para aclarar aun mas lo que toca de ligero nuestro autor sobre el particular, ateniéndonos á la relacion exacta de los hechos consignados en el tomo III, pág. 507 y siguientes, de la obra del general Pepé, titulada: *Mémoires du général Pepé sur les principaux événements politiques et militaires de l'Italie moderne* — Paris, 1847.

“Conmovida la Italia por la revolución francesa de 1830, era casi imprescindible que estallase una insurrección análoga en aquella península. Todos sus habitantes la deseaban, pero no estaban acordes acerca de los medios de realizarla. Nadie dudaba tal vez de que Francia haría respetar el principio de la no intervención, que había proclamado tan solemnemente; pero algunos lo interpretaban en un sentido muy rigoroso, y creían, que no solamente cada Estado, sino cada provincia debía insurreccionarse por su motu propio, sin dar impulso ni auxilio á la regeneración del país vecino y connacional; otros opinaban que la no intervención debía limitarse á impedir que las fuerzas extranjeras del Austria pasasen el Pó, mas bien que estenderse hasta el punto de estorbar una acción común de los diferentes Estados italianos, y su fusión en un solo gobierno.

“Los patriotas de Bolonia, de la Romanía, de Parma y de la Toscana habían abrazado unánimemente esta última sentencia; de suerte que habían convenido entre sí en mancomunar todas sus fuerzas, constituyendo á Bolonia centro de las primeras bandas sublevadas, hasta que la revolu-

ción se propagara á todas las demas partes de Italia.

“Este plan no pudo realizarse, por los obstáculos que se encontraron en el momento de la acción; paralizaron su efecto, y el movimiento que se verificó en los Estados del papa se consideró como separado de la insurrección de los ducados de Parma y Módena. En Toscana hubo síntomas de agitación, pero no sucedió nada de notable.

“Desde el 1º de Febrero de 1831, Ciro Menotti, gefe de los patriotas de Módena, participó al abogado Felipe Canuti, diputado de los liberales de Bolonia, que los modenenses habían determinado insurreccionarse en la noche del 5 de Febrero. Este comunicó el aviso á los patriotas de las Legaciones Pontificias, dándoles á conocer la mucha importancia de que la revolución fuese simultánea á la de los modenenses, para dar mayor fuerza é interés al movimiento nacional.

“Fué entonces cuando se manifestaron desdichadamente pareceres opuestos en el seno de la junta de Bolonia. Algunos no tenían mucha confianza en las intenciones patrióticas de Ciro Menotti, por serles sospechosas las relaciones íntimas que tenía con algunos individuos, que pocos meses antes se habían dado á conocer como agentes del duque Francisco IV, con objeto de proclamarle rey de Italia. Si se considera que este príncipe había perseguido siempre á los liberales, y que era odiado profundamente, no causará maravilla que un sin número de aquellos que desde un principio no habían dado oído á las insinuaciones de los emisarios, no quisiesen ahora tampoco dar fe á las palabras de estos mismos hombres, aunque declaraban que no tenían mandatos especiales del duque, sino que obraban únicamente con la intención de regenerar á Italia.

“Los que desconfiaban de los modenenses hicieron de modo, aunque con rectitud de intención, que el movimiento revolucionario de Bolonia no estallase al mismo tiempo que el de Módena; pero sus esfuerzos fueron inútiles.

“Sucedió que en la mañana del 3 de Febrero, fué puesto en prisión por orden del duque, Nicolás Fabrizi, modenés. Entonces Menotti opinó que era menester insurreccionarse inmediatamente, y reunió la noche de aquel mismo día en su casa cerca de treinta de sus compañeros, provistos de armas y banderas, y prontos á dar el grito de libertad tan luego como llegaran las tropas de los patriotas de los países vecinos, á donde Menotti había enviado aquel mismo día los avisos necesarios: por desdicha de los liberales, llegaron en vez de los auxilios esperados las tropas del duque, las cuales sitiaron y acometieron la casa de Menotti. Este y sus compañeros resistieron algun tiempo con obstinación; pero últimamente se vieron obligados á ceder, fueron llevados á los calabozos del modo mas duro é injurioso, y últimamente sujetos al fallo de una comisión militar.

“La publicación de estos dos decretos fué recibida con aplauso general y gritos de *viva la libertad*.

de ellos y los encerró en las prisiones de Venecia. Al cabo de algun tiempo, puso en li-

“La noticia de las turbulencias de Módena causó una grande agitación en Bolonia, y los jóvenes de todas las clases con los estudiantes de la Universidad, querían acudir á las armas sin dilación; pero otros, como lo hemos puesto ya de manifiesto, se esforzaban para impedir que el movimiento de Módena se comunicara inmediatamente á los Estados romanos.

“La silla apostólica á la sazón estaba vacante por la muerte de Pio VIII; los cardenales habían acudido á Roma con motivo del cónclave, y monseñor Paracciani Clarelli gobernaba á Bolonia en calidad de prolegado.

“Este personaje, lleno de terror por la agitación que conmovia los ánimos, pidió consejos á los empleados superiores de la policía, los cuales, lejos de sosegar sus temores, no le ocultaron toda la gravedad del peligro que le amenazaba, y le insinuaron que reuniese una especie de consulta, compuesta de personas de las clases mas distinguidas de la ciudad.

“En la noche del 4 de Febrero, el prolegado convocó al marqués Bevilacqua Ariosti, de Bolonia, con otros catorce personajes muy considerables de la alta sociedad. El director de policía, los gefes de la fuerza armada y el asesor criminal, intervinieron tambien en aquella junta.

“El profesor Orioli y el senador Bevilacqua, que hablaron primero y con mucho calor, instaron á monseñor para que delegara su poder á una comisión de ciudadanos, revistiéndoles de todas las facultades necesarias para restablecer la tranquilidad y mantener el orden público.

“Este consejo fué aprobado por unanimidad, y el prolegado, que permanecía todavía perplejo, cuando oyó los gritos del pueblo reunido en gran multitud bajo las ventanas de la sala de la junta, y tuvo noticia de que se habían formado en todos los barrios de la ciudad coros de gente que alborotaba, con muchas bandas de jóvenes armados que se dirigían en diversas direcciones, firmó á pesar suyo el acta en que nombraba una comisión provisional de gobierno, é institua una guardia provincial de ciudadanos.

“La publicación de estos dos decretos fué recibida con aplauso general y gritos de *viva la libertad*.

“La noche del 4 al 5 pasó por Bolonia un correo extraordinario, que traía la noticia de la elección del nuevo papa Gregorio XVI. Este anuncio no interrumpió el curso de los sucesos, y en la mañana del 5, habiéndose reunido muy temprano la comisión, se constituyó en gobierno provisional de la ciudad y de la provincia de Bolonia. Este mismo gobierno, cediendo el día 8 al voto general, declaró decaído de hecho y derecho al papa del poder temporal que ejercía. Los que componían el gobierno provisional eran en número de ocho, personas todas muy calificadas tanto por su probidad como por sus luces. He aquí sus nombres: el abogado Juan Vicini, presidente; el marqués Bevilacqua Ariosti; el conde César Bianchetti; el profesor Francisco Orioli, el abogado Antonio Zanolini; el conde Alejandro Agucchi; el

bertad á los que pertenecían á otros gobiernos; sujetó á Zucchi al fallo de una comisión mi-

abogado Antonio Silvani y el conde Carlos Pepoli.

“El pendon tricolor italiano fué enarbolado sobre todas las plazas y los edificios públicos, mientras por otra parte las tropas de línea y los carabineros se adhirió al nuevo gobierno, substituyendo la escarapela del papa con la tricolor. El coronel Ragani y otros oficiales, que habían servido bajo las órdenes del emperador Napoleon, fueron destinados á mandar las nuevas tropas. A propuesta del conde Carlos Pepoli, que tomó tanta parte en la revolución del 4 de Febrero, se reunió inmediatamente una junta de guerra, nombrada por él mismo en su calidad de representante del gobierno, la cual se componía de Gravinski, viejo general polaco, que permanecía en Bolonia hacia largos años, del mayor Barbieri, que había sido nombrado general de la guardia nacional, y del inspector de las revistas, caballero Grandolfi.

“El movimiento revolucionario se comunicó con rapidez á Ferrara, á Imola, á Rávena, á Faenza, á Forli, á Cesena, á Rimini, á Pésaro; pero sin efusión de sangre, á escepcion de Forli, en donde hubo una resistencia parcial por parte de las tropas pontificias.

“Desde la mañana del 5 de Febrero, el gobierno de Bolonia había enviado al señor Canuti hacia la frontera del ducado de Módena, en calidad de comisario extraordinario, con objeto de enterarse del verdadero estado de la insurrección de aquel país, dándole al mismo tiempo facultades muy amplias para que tomara todas las medidas necesarias, á fin de que el principio de la No intervención fuese respetado por los países limitrofes.

“Habiendo llegado Canuti á Castelfranco, que anhelaba el triunfo de la buena causa de toda Italia, supo con vivo sentimiento que la tentativa desesperada de Menotti había tenido un triste éxito, que éste y sus compañeros serían víctimas inmoladas á la ira de Francisco IV, y que Módena estaba sumida en el terror. Entonces Canuti escribió á las nuevas autoridades de Bolonia, suplicándolas en nombre de la humanidad y de la causa nacional, de no atenerse al sentido rigoroso del principio de No intervención, en perjuicio de sus propios hermanos, y de volar hacia los modenenses para auxiliarles pronta y eficazmente. Pero el gobierno que temía, dando su apoyo á las poblaciones del ducado, suministrar un pretexto á los austriacos para que intervinieran en los asuntos de las Legaciones, se negó á condescender con las voluntades de su comisario, y le obligó á regresar á Bolonia.

“En tanto el movimiento revolucionario se extendió mas y mas por Módena y Parma, y Francisco IV, tan luego como supo en la mañana del 5 de Febrero que la revolución había triunfado en Bolonia, no pensando sino en ponerse en salvo, partió en la noche de aquel mismo día dirigiéndose á Mantua, y llevando consigo prisionero al desgraciado Ciro Menotti.

Al día siguiente, el pendon tricolor ondeaba sobre las murallas de Módena; se habían abierto los calabozos á los presos políticos; las autoridades

litar, y á otros súbditos suyos al de los tribunales civiles, siendo todos condenados á pre-

des municipales gobernaban la ciudad; se institua una guardia nacional, y finalmente, el día 9, en virtud de una deliberacion firmada por setenta ciudadanos, se instalaba un gobierno provisional, compuesto de un dictador, el abogado Blas Nardi, y de una Dieta de tres cónsules, á saber: el coronel, caballero Pedro Maranesi, el abogado Fernando Minghelli y el marqués Juan Antonio Morano.

“Despues del día 10 de Febrero se manifestaron síntomas de agitacion en Parma, y se aumentaron en los sucesivos. Algunos de la hez del pueblo, en vez de estimular á las tropas á que se adhiriesen á la causa de la libertad, indiscretamente las insultaron; la guarnicion quedó sobre las armas tres dias consecutivos, y finalmente, el 31 al anochecer, una diputacion del pueblo fué recibida por la duquesa. Entonces resonaron por do quiera gritos de libertad, y se formó inmediatamente una guardia nacional, que tomó la escarapela tricolor. María Luisa partió el día 14 de Parma, escoltada de quinientos soldados de línea, y trasladó su asiento á Plasencia.

“La municipalidad de Parma estableció el 16 de Febrero un gobierno provisional, presidido por Felipe Linati, y compuesto de los señores Castagnola, Sanvitale, Malegari, Ortelli y Melloni.

“Mientras que la revolucion se habia extendido hácia el Norte de Bolonia hasta Parma, habia corrido por la parte del Sur las cuatro Legaciones, y ademas Pésaro, Urbino, Fano, Fossombrone, Sinigaglia, Osimo, Chiaravalle y otras ciudades de las Marcas.

“El fuerte de San Leon se habia entregado á los liberales el día 2 de Febrero, y se resistía únicamente Ancona porque estaba bien guarnecida de tropas. En efecto, no quiso entregarse al coronel Sercognani, que sitiaba su plaza con algunos centenares de voluntarios; pero el 17 de Febrero, despues de un bloqueo de muchos dias, la fortaleza capituló, y su guarnicion pasó al servicio del nuevo gobierno. El comandante, el delegado del papa y algunos otros empleados, se retiraron á Roma.

“Entre tanto la corte pontificia trabajaba para organizar una contrarevolucion, y las disposiciones dadas en esta circunstancia por el cardenal Bernetti, secretario de Estado, deshonraron á aquel prelado, que se escedió en tiranía, sin consultar tal vez al gefe de la Iglesia, que no debe tener nunca el corazon cerrado á los principios de piedad que manda el catolicismo. El cardenal Benvenuti fué arrestado por los liberales en su diócesis de Osima, y conducido prisionero á Bolonia. Perna, Espoleto, Foligno y todas las ciudades de Umbria respondieron á las proclamas de los liberales, sacudiendo el yugo del gobierno pontificio, y constituyendo en todo el pais autoridades populares.

“Sercognani, elevado al grado de general de division, despues de haberse verificado la ocupacion de Ancona, marchó hácia Roma con un cuerpo de tropas, que se distinguía á la sazón con el nombre de vanguardia, cerca del cual el conde

sidio. El jóven Napoleon Bonaparte habia perecido de muerte violenta; su hermano esta-

Cárols Pepoli fué enviado como comisario extraordinario. Dicho cuerpo se componia de unos dos mil quinientos hombres, entre tropas de línea y guardias nacionales movilizados de las diversas provincias insurreccionadas. Su mando fué confiado al general Olivieri, á los coroneles Ferrari, Guidotti, Landi, Pasotti y á otros antiguos oficiales. La revolucion, que se extendió tambien á Fermo, á Ascoli, á Terni, á Narni, á Otricoli, avanzó hasta las puertas de Ciudad-Castelana. En casi todas las escaramuzas que los nacionales sostuvieron contra las tropas pontificias, y con especialidad en las acciones parciales de Configni, cerca de Terni, de Calvi, de Amelia, de Magliano y de Borghetta allende de Otricoli, sus esfuerzos fueron siempre coronados de un feliz éxito.

“En poco mas de tres semanas, todo el Estado pontificio, menos Roma, Rieti y un reducido número de otras ciudades, habia secundado el movimiento de Bolonia; pero habiéndose declarado desde un principio las nuevas autoridades de esta ciudad, gobierno esclusivo de la sola provincia boloñesa, sucedió que se constituyeron otros gobiernos provisionales independientes, cuyo número igualaba al de las ciudades y pequeños países que se habian insurreccionado por la causa de la libertad.

“Fué entonces cuando se esperimentó la necesidad de reunir en un Estado único todas las diferentes provincias que se habian adherido á los liberales, formando un centro único de accion de todas las fuerzas morales y materiales que quedaban aun esparcidas y divididas. Todas las ciudades, pues, que habian sacudido el yugo del gobierno antiguo, fueron invitadas á enviar á Bolonia sus representantes. Muchas habian tomado ya esta determinacion antes de que se les comunicara, y las otras condescendieron inmediatamente á la invitacion.

“La Asamblea de los notables, ó diputados de las provincias libres, celebró su primera sesion en Bolonia el 26 de Febrero, y despues de haberse constituido en el ejercicio de sus facultades, adoptó por unanimidad: 1<sup>o</sup> la emancipacion total de todas las provincias unidas, de la autoridad temporal de los papas; 2<sup>o</sup> la perfecta union de las mismas provincias entre sí.

“Esta deliberacion fué proclamada solemnemente el 2 de Marzo, y el 4 se publicó el Estatuto Constitucional de las provincias unidas italianas, redactado provisionalmente por la misma Asamblea. Segun el nuevo Estatuto, los poderes se subdividieron en tres ramos, á saber: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. El gobierno se componia de un presidente, de un consejo de ministros y de una consulta legislativa. Sus miembros, entre los cuales hubo hombres de gran nota, eran los siguientes:

“El abogado Juan Vicini, presidente.

“Leopoldo Armaroli, ministro de justicia.

“Terenzio Mammiani de la Rovere, ministro del Interior.

“Lodovico Sturani, ministro de Hacienda.

ba reservado á otras tramas de ambicion personal; Menotti fué enviado á Módena en don-

“César Bianchetti, ministro de Negocios extranjeros.

“Pedro Damiano, general, ministro de la Guerra y Marina.

“El doctor Pio Sarti, ministro de Policia.

“El profesor Francisco Orioli, ministro de Instruccion pública.

“Hallándose á la sazón ausente de Bolonia el conde Armaroli, se confió su cartera al abogado Silvani. El abogado Zanolini fué nombrado presidente de la Asamblea de diputados.

“El nuevo gobierno envió prefectos á todas las provincias unidas; nombró ministro en Francia al marqués Daniel Zappi, y en Inglaterra al conde Buffondi, y se ocupó inmediatamente en la organizacion del ejército y de todos los demas ramos de la administracion del Estado; pero por desgracia de Italia, la aplicacion de estas medidas llegó demasiado tarde.

“La expedicion contra la capital tenia poca esperanza de buen éxito, porque Roma estaba segura de que seria auxiliada por los austriacos y por la diplomacia francesa; así es, pues, que las tropas y las poblaciones que se mantenian todavía fieles al papa, habian cobrado fuerza y valor. Por otra parte, los austriacos habian roto ya las hostilidades contra los países insurreccionados.

“En efecto, el día 25 de Febrero, ochocientos alemanes que componian la infanteria y caballeria de la guarnicion de Plasencia, sorprendieron el escaso número de soldados que el gobierno de Parma habia enviado á Firenzuela, y despues de una breve lucha ocuparon este país, obligando á los nacionales á replegarse sobre Parma. En los dias 5 y 6 de Marzo, una fuerte columna de imperiales, bajo las órdenes del general Geppert, y presidida del batallon modenés, atacó á Novi y Carpi. Los cuerpos nacionales resistieron el ataque con viveza y valor; pero fueron obligados á retirarse, porque tenian que habérselas con un enemigo que contaba con fuerzas tres ó cuatro veces mas superiores que las suyas.

“Los miembros del gobierno modenés se refugiaron la noche del día 5 en Bolonia; pero los alemanes no se atrevieron á ocupar inmediatamente á Módena, porque habiendo llegado á Milan el día 24 de Febrero Zucchi, uno de los mas valerosos generales italianos del ejército napoleónico, para ofrecer despues de la accion de Novi sus servicios á la revolucion de la peninsula, habia ejecutado con las pocas fuerzas reunidas de los liberales una marcha admirable, cayendo de improviso sobre Módena, en donde entró el 8, y se mantuvo hasta la noche del 9 de Marzo, época en que los alemanes restablecieron las autoridades ducal. Los patriotas modeneses se retiraron al territorio de Bolonia, en donde fueron recibidos casi como extranjeros, habiéndoseles impuesto entregar las armas antes de atravesar la frontera.

“Otro cuerpo de seis mil austriacos de infanteria y doscientos de caballeria, bajo las órdenes del general Bentheim, habian pasado el Pó el 5 de Marzo, y ocupado á Ferrara y Comacchio. Los imperiales, finalmente, que se habian trasladado

de subió al cadalso; y Sercognani, que habia avanzado hasta Rieti, habiendo oido todo

de Plasencia á Firenzuela, aumentaron su número con muchos millares de hombres, y marcharon sobre Parma, en donde entraron el día 13 de Marzo.

“Estos movimientos del enemigo comun, la ocupacion de Parma, Módena, Ferrara y Comacchio, las proclamas de los generales austriacos, y la interceptacion de las correspondencias secretas, procedentes de Roma, daban á conocer claramente que era intencion de los austriacos invadir tambien á Bolonia, la Romania y todos los Estados pontificios.

“Habia llegado, pues, el momento indispensable de organizar activamente todos los medios para una desesperada resistencia.

“En esta circunstancia, el gobierno nombró al general Zucchi comandante en gefe de todas las fuerzas de las provincias unidas italianas, y el general Armandi, ministro de la guerra, se trasladó personalmente á Romania para restablecer, con las pocas fuerzas que tenia á su disposicion, algunos puestos avanzados de observacion en toda la línea del Pó, á fin de impedir que el enemigo penetrase en el corazon de la Romania, interrumpiendo las comunicaciones con Bolonia.

“El general de division Olini guarnecia con un cuerpo de dos mil hombres, en la mayor parte guardias nacionales, á Rávena, y el general Gabinski, que tenia bajo sus órdenes la línea de observacion, se habia establecido en Forli. Por el trascurso de diez á doce dias casi no hicieron movimiento ninguno los alemanes, y no hubo mas que amagos de poca importancia por la parte de Argenta.

“Fué entonces cuando el príncipe Napoleon Bonaparte, hijo primogénito de Luis, ex-roy de Holanda, murió en Forli en la flor de su edad. Este jóven, dotado de virtudes eminentes, tan luego como supo que habia estallado la revolucion en el Estado romano, se trasladó al campo de los liberales con su hermano Luis, para unirse al ejército de Sercognani en Teani. El gobierno de Bolonia, temiendo que su presencia en la vanguardia que marchaba hácia Roma diese margen á sospechas iliberales á los gobiernos nuevos, y con especialidad al de Francia, envió órdenes terminantes al general Sercognani, para que hiciese de modo que aquellos dos ilustres personajes se alejasen del cuartel general. Entonces se trasladaron entrambos á Bolonia y despues á Forli, en donde pereció el día 16 de Marzo el príncipe Napoleon, cuya muerte causó gran pesar á todas las personas bien intencionadas.

“El día 20 los austriacos avanzaron con fuerzas muy considerables, tanto por la parte de Módena como por el lado de Ferrara y Comacchio; pero el grueso del ejército se dirigió por la *vía Emilia*, y ocupó á Bolonia el 21. Entonces el gobierno de las provincias italianas, que se habia trasladado el día precedente á Ancona, se declaró disuelto en virtud de una deliberacion del día 23 de Marzo, y nombró en su lugar un triunvirato, compuesto del general Zucchi, del conde Pedro Ferretti de Ancona, y del caballero Tiberio Bor-